

## ITALO-AMERICANOS: AMEN

Partieron de cualquier Eboli del Mezzogiorno o de Regalpetra en Sicilia, y después de un largo viaje llegaron a América. Consigo llevaron el sentido de la vida mediterránea, quizás un disco del gran Caruso, algunos un discurso gravado de Mussolini, otros del asesinato de Matteotti; aquellos que habían conocido ese poder en la sombra de los “pisciotti” sicilianos trajeron consigo la “omertà” (la ley del silencio), el canario en la boca del muerto que sabía (y había cantado) demasiado... en fin la Mafia. Todos, sin embargo, sin distinción de ideologías continuaron fieles a la Religión (la católica, apostólica y romana); esa religión a la que se ama y se teme a la vez (visceralmente), aquella de las furiosas plañideras que gritan una única nota monótona y giran frenéticamente en torno a los difuntos. Y, todas estas características, las traspasaron sus hijos, los italo-americanos.

En América viven aparte, se encuentran a las puertas del paraíso, pero no piensan entrar en él; o, mejor dicho, el paraíso debe aceptarlos tal como son. Y continuaran santiguándose, encomendándose a la Madonna, y diciendo “amen”.

Algunos volvieron a Italia, serán los “americanos”. El Lucky Luciano del film (1974) de Francesco Rosi lo primero que hará al regresar es ir a visitar el cementerio del pueblo donde nació. La muerte preside sus vidas. Los hermanos “de Coco”, esos “bloodbrothers” del film “Stony, sangre caliente” (de Robert Mulligan, 1978), tan pronto como pueden se compran una parcelita en un cementerio, lleno de hermoso césped, mirando a una autopista. El acontecimiento lo celebraran yendo toda la familia en excursión dominical. “Éramos siempre ocho o diez... todos gente del pueblo, que nos conocíamos desde la infancia. La vida es triste entre aquellos rascacielos, con todas aquellas extraordinarias comodidades: ascensores, puertas giratorias, metro, y casas, y palacios, y calles, sin un poco de tierra. Te coge tristeza. El domingo por la mañana salíamos con el tren, pero era preciso hacer muchos kilómetros antes de llegar al campo. Cuando llegábamos a un sitio solitario... y entonces, bajo un árbol, todos a la vez, nos bajábamos los pantalones. ¡Delicioso!. Sentíamos el aire fresco, la naturaleza. No era como en aquellos lavabos americanos, relucientes y todos iguales... éramos felices, reíamos... Y, cuando habíamos terminado, gritábamos todos a la vez: ¡Viva Italia!” (1).

Los “de Coco” viven en el industrializado Bronx, quizás un poco perdidos en la vorágine de nacionalidades diversas. Sin embargo, los amigos de “Malas calles” (del italo-americano Martin Scorsese, 1973) viven en esa Little Italy, en Manhattan; es un contexto italiano lleno de “estores” (2), y controlado por la Mafia. Charlie, componente del clan, tiene un especial sentido religioso, no cree en la penitencia que le impone el cura, él se redimirá de sus pecados con una pena autoimpuesta; ayudará hasta el límite de sus posibilidades a sus amigos del barrio, a sus familiares. El impulsivo Johnny (fabuloso Robert de Niro, otro italo-americano) y Teresa, su prima epiléptica, serán algunos de ellos. Ese Charlie es en cierto modo un apóstol.

Iglesia y mafia, las conexiones entre ambas siempre se presentarán diluidas; cada una tiene su campo de acción definido, se pueden llegar a complementar y nunca deberán haber intromisiones. El “americano” Luciano le dirá al cura (viejo amigo): “Olvídese de las maquinitas, eso no es para usted”, cuando aquel le pide su ayuda para conseguir el permiso necesario para importar máquinas tragaperras de Alemania.

Iglesia y Mafia coordinarán sus esfuerzos en pos del poder político. “La tia americana” (3), esa que tiene un “estore” en “Bruquilin” (4) protegida por el capo Gio Cardella, aconseja a sus parientes sicilianos en una de sus cartas: “espero, querida hermana, que los comunistas no ganen las elecciones... son enemigos de la religión y el orden. Nuestros gobernantes confían en De Gasperi y en el partido de la democracia cristiana... si los comunistas ganaran, el dinero del pueblo americano dejaría de llegaros, ni siquiera os podríamos enviar paquetes... el dinero de los americanos no puede ir a parar a las manos de los sin Dios. De Gasperi es un hombre religioso, yo he visto fotografías tuyas mientras oye misa de rodillas...” (5). Ellos ya se creen americanos, y el poder del dólar les permite chantajear a sus beneficiarios. Esa ancestral religión meridional y la democracia americana que han asumido, producirán una curiosa simbiosis. En la pared del restaurante del “tio” del clan al que pertenece Charlie de “Malas calles”, hay colgados tres cuadros (uno junto a otro) con las fotografías de los dos Kennedy (John y Robert) y en medio Juan XXIII; mientras que en las fiestas religiosas callejeras ya aparece la foto de Pablo VI. En 1935, en la novela de Carlo Levi (1), ocurrirá algo parecido y quizás aún más significativo. Levi cuenta que visitando las casas de los “americanos” de Gagliano (Mezzogiorno) le llamaba la atención la constante presencia “aún lado, la cara negra... de la Madonna de Viggiano; en el otro, haciendo juego, los ojillos vivos... del presidente Roosevelt, en una estampa de colores. Nunca he visto, en ninguna casa, otras imágenes: ni el Rey, ni el Duce, ni tampoco Garibaldi... parecían las dos caras del poder que se ha repartido el universo... A veces una tercera imagen formaba con las anteriores una especie de trinidad: un dólar...” (6).

En los ochenta, los nuevos “zii” (tíos) intuirán que un medio fácil y sin peligros de obtener esos milagrosos dólares será la religión. El Giacomo de “Renacer” (de Bigas Luna, 1981) utiliza al reverendo Tom Harley (ese loco maravilloso de Dennis Hopper), un histriónico y verborreo hipnotizador, como reclamo. El montaje teatral es perfecto: la palabra fácil de Tom, un conjunto country místico que ameniza los entreactos, cámaras de televisión, y presidiendo la celebración, una bandera americana colgada al lado de una imagen de Jesús. Aún perduran los viejos signos.

Esos montajes con una cruz gigante luminosa en plena noche junto a una autopista, son la continuación de esa fiesta de San Genaro de “Malas calles”: cruces de neón en medio de las aglomeraciones callejeras de la Little Italy. Ahora la mafia religiosa se desplaza en coches último modelo presididos en el extremo delantero por una pequeña cruz; organiza un “Banco de Cristo” al que se pueden mandar donativos, y realiza retransmisiones televisivas vía satélite a todos los rincones de los USA. Es “la gran cruzada”.

El “Banco de Cristo” no se asemeja demasiado al IOR (el banco vaticano), ni ese Giacomo a Marcinkus (le falta clase, ni siquiera sabe jugar al golf), ni el parlanchín Tom a ese polaco metido a papa por obra y gracia de la (ma)CIA; son únicamente aprendices de brujo. Ni el máquetin, ni los mecanismos del “show business”, podrán competir con esos 2000 años; el diablo sabe más por viejo.

El “ziu” Giacomo no está demasiado satisfecho (económicamente) de la gira, y pone en marcha lo que llama el “proyecto italiano”: hará traer de Messina (Sicilia) a María, una joven y virgen “iluminada” de Dios en la que se reproducen algunos estigmas de Jesús. Al fondo sonoro de grillos cantando, en Sicilia, le sucede el ruido de un avión. Si el

Evangelio dice aquello de “y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros”, en los USA acontece que el “Espíritu Santo” deviene helicóptero luminoso que cuida de la cándida María. Es la sociedad postindustrial ; aquello del “aggiornamento”. También, en la concentración religiosa en el campo, María logra sanar (de verdad) a un niño sordo después de haber compartido un bote de Coca Cola como si fuera un cáliz.

“La organización ha comprado a una virgen, y eso tendremos”, dice ferozmente Giacomo; sin embargo, Dios escribe recto en reglones torcidos. La Mafia aún no ha conseguido pactar con Dios.

“Gutbai”.

- (1) - Del libro “Cristo se paró en Eboli” de Carlo Levi (pàg. 92)
- (2) – Italianización de “store” (comercio) sacada de la narración “La tía de América” del libro “Los tíos de Sicilia” de Leonardo Sciascia.
- (3) – El personaje de la narración comentada en el punto anterior.
- (4) - Italianización de Brooklyn

Martí Rom  
(enero 1984)